

“ duce en ellas ecos semejantes á los gritos del
 “ ejército turco en la derrota de la Morawa. ¡Cuán
 “ dulce es este mnrmullo á los oidos de los servios
 “ independientes! ¡Cuán dulce es despues del com-
 “ bate descansar de muerto ó vivo al pié de un ro-
 “ ble, que como nosotros canta su libertad!”

RELACION

DE LA

RESIDENCIA DE FATALLA SAYEGHIR

ENTRE LOS ARABES ERRANTES DEL DESIERTO.

 Traducida bajo la direccion de M. de Lamartine.

Acampados en medio del desierto que se estien-
 de desde Tiberiade á Nazareth, hablando de las tri-
 bus árabes que habiamos encontrado durante el
 dia, de sus costumbres y de sus relaciones ya entre
 sí mismas, ya con los grandes pueblos que las ro-
 dean, tratábamos de descubrir el misterio de su
 origen, de su destino y de la admirable perseve-
 rancia del espíritu de raza que separa de las demas
 familias humanas á aquellas tribus, y las tiene,
 como á los judíos, no fuera de la civilizacion, sino
 en una civilizacion peculiar y tan inalterable como
 el granito. Cuanto mas he viajado mas me he ido

convenciendo de que las razas son el gran secreto de la historia y las costumbres. El hombre no es tan educable como pretenden los filósofos. La influencia de los gobiernos y de las leyes está muy lejos de obrar tan radicalmente como se cree sobre las costumbres y los instintos de un pueblo, al paso que la constitucion primitiva, la sangre de la raza, obra siempre y se manifiesta al cabo de miles de años en las formas físicas ó en los hábitos morales de la familia ó de la tribu. El género humano corre por rios y por arroyos al vasto océano de la humanidad, pero mezclando en él sus aguas lentamente, y á veces no mezclándolas y volviendo á salir, como sale al Ródano del lago de Ginebra, con el gusto y el color de sus aguas. Hé aquí un abismo de ideas y de meditaciones, y un gran descubrimiento para los legisladores. Todas las tentativas de mejoras hechas en el sentido de este espíritu de raza han surtido buen efecto, todas las que se han hecho contra esta predisposicion natural se han malogrado, pues la naturaleza tiene mas poder que ellos. Esta idea que no es la de los filósofos modernos, es sin embargo evidente para el viajero; y mas filosofia se aprende en cien leguas de caravana que en diez años de lecturas y de meditaciones. Contento de errar así á la aventura, sin mas ruta que mi capricho, por medio de desiertos y de paisés desconocidos, decia yo á mis compañeros y á M. Mazolier, mi dragoman, que á

hallarma solo y sin afecciones de familia, esa seria la vida que á mí me agradaria pasar. Mi deseo seria no dormir jamas dos dias seguidos en el mismo sitio, pasear mi tienda de campaña desde las orillas de Egipto hasta las del golfo Pérsico, no pensar por la noche mas que en la oscuridad, recorrer con la planta, con la vista y con el corazon todas aquellas tiendas desconocidas, todas aquellas castas de hombres tan distintas de la mia, contemplar bajo todas sus formas la obra admirable del Criador, la humanidad. Y para eso, ¿qué se necesita? algunos esclavos ó criados fieles, armas, un poco de oro, dos ó tres tiendas, y otros tantos camellos. El cielo de aquellos paisés es casi siempre templado y puro, la vida fácil y barata, la hospitalidad segura y pintoresca. Por mí, yo preferiria cien veces los años pasados así bajo diferentes cielos con huéspedes y amigos siempre nuevos, á la estéril y ruidosa monotonía de la vida de nuestras capitales. Mas dura es seguramente la vida de un hombre que vive en las sociedades de Lóndres ó de París que la del viajero que recorre todo el universo. El resultado de estas dos fatigas es sin embargo muy distinto; el viajero perece ó vuelve con un tesoro de ideas y de saber; el hombre sedentario de nuestras capitales envejece sin conocer y sin ver, y muere tan ignorante como el dia en que nació. Yo deseaba, decia yo á mi dragaman, atravesar esos montes, bajar el gran desierto de Siria; llegarme á algunas de

aquellas grandes tribus desconocidas que lo habitan, recibir allí la hospitalidad durante algunos meses, pasar luego á otras, estudiar los puntos de analogía y las diferencias que hay entre ellas, seguir las desde los jardines de Damasco hasta las orillas del Eufrates, y á los confines de la Persia, descorrer el velo que encubre aun esa civilizacion del desierto, civilizacion de donde ha nacido y donde ha de volverse ha encontrar un día el espíritu caballeresco; pero el tiempo nos falta; no veremos mas que las orillas de ese océano cuya estension nadie ha recorrido todavía. Ningun viagero hasta este día ha penetrado en aquellas innumerables tribus que con sus tiendas y sus ganados cubren los campos que cultivaron los patriarcas; el solo hombre que lo intentó no existe ya, y con él se han perdido los apuntes que habia llegado á reunir en los diez años de su residencia entre aquellos pueblos: ese hombre era el señor de Lascaris.

Nacido en el Piamonte, de una de aquellas familias griegas que se trasladaron á Italia despues de la cónquista de Constantinopla, el señor de Lascaris era caballero de Malta cuando se apoderó Napoleon de esta isla. El señor de Lascaris, muy jóven todavía, le siguió á Egipto, se unió á su fortuna, quedó fascinado por su genio, fué uno de los primeros que comprendieron los grandes destinos que reservaba la Providencia á un jóven digno de

los tiempos de Plutarco, en una época en que todos los caracteres se hallaban gastados, debilitados ó corrompidos. Mas diré, comprendió que la grande obra que su héroe tenia que llevar á cabo, no era acaso la restauracion del poder en Europa, obra que la reacción de las ideas hacia necesaria y por consiguiente fácil; presentia que el Asia ofrecia un campo mas vasto á la ambicion regeneradora de un héroe, que allí habia que conquistar, que fundar, que renovar muy mas en grande que en ninguna otra parte; que el despotismo, de corta duracion en Europa, seria largo y eterno en Asia; que el grande hombre que llevase allí la organizacion y la unidad haria mucho mas de lo que hizo Alejandro, mas que pudo hacer en Francia Bonaparte. Parece que el jóven guerrero de Italia, cuya imaginacion era luminosa como el Oriente, vaga como el desierto, inmensa como el mundo, tuvo con el señor de Lascaris conversaciones confidenciales sobre este particular, y lanzó su pensamiento como un relámpago hácia el horizonte que su destino le habria. No fué mas que un relámpago, y es lástima; es evidente que Napoleon era el hombre del Oriente y no el hombre de la Europa. Acaso se reirán de esto mis lectores, esto parecerá á muchos una paradoja, pero consúltese á los viageros. Bonaparte, de quien se quiere hacer hoy el héroe de la revolucion francesa y

de la libertad, no comprendió nunca esta é hizo abortar aquella. Las páginas todas de la historia lo probarán cuando se escriban bajo otras inspiraciones que las que la dictan hoy. Bonaparte ha sido la reaccion encarnada contra la libertad de la Europa, reaccion gloriosa, estrepitosa, brillante, pero nada mas. En prueba de esto, pregúntese que es lo que queda hoy en el mundo de Bonaparte sino es una página de batallas y otra de una inhábil restauracion. Nada en efecto, nada ha quedado de él mas que su nombre y su gloria militar.

En Asia hubiera removido á los hombres á millones, y hombre de ideas sencillas él tambien, habria con dos ó tres ideas elevado una civilizacion monumental que le habria sobrevivido mil años; pero cometióse el error. Napoleon escogió la Europa; solamente quiso dejar detras de sí un explorador que reconociese lo que allí habia que hacer, y que trazase el camino de la India para cuando se le abriese su fortuna: este explorador fué el señor de Lascaris. Partió con instrucciones secretas de Napoleon y con las sumas necesarias para su empresa, y fué á establecerse en Alepo para perfeccionarse allí en el idioma árabe: hombre de mérito, de talento y de luces, fingió una especie de monomanía para cohonestar su residencia en Siria y su obstinacion en relacionarse con todos los árabes que del desierto llegaban à Alepo, y al cabo de

algunos años de preparativos, acometió por fin su grande y peligrosa empresa. Recorrió con diversa suerte y bajo disfraces sucesivos, todas las tribus de Mesopotamia y del Eufrates, y volvió á Alepo, ufano con los conocimientos que habia adquirido, y con las relaciones políticas que habia preparado à Napoleon.

Pero miéntras llenaba el señor de Lascaris de este modo su mision, la fortuna derribaba á su héroe. Supo aquel la caída de Napoleon el dia mismo en que volvía á llevarle el fruto de siete años de esfuerzos y de peligros: este golpe inesperado fué mortal para él: paso á Egipto y murió en el Cairo, solo y desconocido, dejando por única herencia sus apuntes. Dícese que el cónsul inglés recogió estos preciosos documentos, que podian llegar á ser tan perjudiciales para su gobierno: mas no se sabe si los destruyó ó si los envió á Londres.

¡Qué lástima, decia yo á M. Mazolier, que lástima que se haya perdido para nosotros el resultado de tantos años y de tantos afanes!

—Algo queda de ellos, me respondió; yo conocí en Latakié, mi patria, á un jóven árabe que acompañó al señor de Lascaris en todos sus viages. Cuando murió este, volvió privado de todo recurso á casa de su madre, y ahora vive de lo que le produce un empleillo en las oficinas de un comerciante de Latakié, donde le traté; y recuerdo que mu-

chas veces me habló de un cuaderno de apuntes que escribió á instigacion de su patron en el curso de su vida nómade.

—¿Y cree vd., dije à M. Mazolier, que ese jóven consentiría en vendérmelos?

—Creo que sí, repuso; lo creo tanto mas cuanto muchas veces me ha manifestado deseos de ofrecérselos al gobierno francés, pero nada es tan fácil como cerciorarnos de ello; voy á escribir à Fatalla Sayeghir, que así se llama el jóven àrabe. El tártaro de Ibrahim-Bajá le entregará mi carta, y tendremos la respuesta al volver à Saide.

—Hágame vd. el favor de encargarse de ese asunto, y puede vd. ofrecer por el manuscrito dos mil piastras.

Pasaron algunos meses àntes de que me llegase la respuesta de Fatalla Sayeghir, y de vuelta en Berut, envié à mi intérprete à Latakié à negociar directamente la adquisicion del manuscrito; aceptadas las condiciones y pagada la suma, M. Mazolier me trajo las notas àrabes. Durante el invierno las hice traducir, con ímprobo afan, en lengua franca, y luego las traduje yo al francés, con lo que puedo ahora hacer disfrutar al público del fruto de un viage de diez años, que ningun viagero habia realizado hasta entónces. La suma dificultad de esta doble traduccion debe hacer disculpar el estilo de estas notas, tanto mas cuanto el estilo

importa poco en esta clase de obras, donde los hechos y las costumbres son todo. Tengo certeza de que el primer traductor no ha alterado cosa alguna, limitándose a suprimir algunas prolijidades y tal cual circunstancia que no era mas que una repeticion ociosa y que nada aclaraba.

Si esta relacion tiene interes para la ciencia, la geografia y la política, una sola cosa me quedará que desear, y es que el gobierno frances, a quien tan largos peligros y prolongados destierros estaban destinados a servir é ilustrar, manifieste una tardia gratitud al desgraciado Fatalla Sayeghir, cuyos servicios podrian hoy serle tan útiles. Lo mismo deseo para el jóven y hábil intérprete M. Mazolier, que ha traducido estos apuntes del àrabe y me ha acompañado durante mis viages de un año por la Siria, la Galilea y la Arabia. Versado en el conocimiento del àrabe, hijo de una madre àrabe, sobrino de uno de los jeques mas poderosos y venerados del Líbano, habiendo recorrido ya conmigo todos estos paises, familiarizado con las costumbres de todas estas tribus, hombre de valor, de inteligencia y de probidad, adicto de corazon à la Francia, este jóven podria ser utilísimo al gobierno en nuestras escalas de Siria.

Hé aquí la relacion literalmente traducida de Fatalla Sayeghir.